

ALBERTO STRIUMA O. P., *Introduzione alla filosofia delle scienze*. Edizioni Studio Domenicano. Bologna 1992. 221 páginas.

La epistemología es una disciplina que, si bien ha merecido la atención de los tomistas, no ha tenido la suerte de contar, salvo en un reducido número de casos, con cultores que reuniesen las condiciones que parecen obvias en quien se dedique a la filosofía de las ciencias: el dominio de la filosofía (en este caso, tomista) y al mismo tiempo de al menos alguna de las ciencias en el sentido moderno de este vocablo. Como consecuencia de no cumplir con estos requisitos, muchos estudios epistemológicos tomistas resultan claramente desenfocados. O bien pretenden aplicar a la ciencia moderna los caracteres de la antigua o medieval (y por ello concluyen ya negando paradójicamente la condición de ciencia a todos los conocimientos llamados hoy «ciencia», ya considerándola anacrónicamente como una parcela suburbana de la filosofía). O bien ceden al prestigio del fenomenismo que campea en los científicos modernos y que éstos consideran una verdad incuestionable (y por ello terminan reconociendo sólo validez formal al saber positivo; sería la coherencia lógica de proposiciones condicionales expresivas de fenómenos, traicionando así al realismo que como tomistas profesan). Ante este panorama desolador, no es de extrañar que quienes lo han contemplado hayan creído en la incapacidad del tomismo para interpretar la realidad científica actual. Y que sientan alborozo ante una obra que si bien se presenta como una simple introducción, revela paladinamente que su autor, Alberto Striuma no sólo ostenta los títulos exigibles a un filósofo tomista de las ciencias, sino que los ejerce con indudable maestría.

Striuma es doctor en física y actualmente profesor en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Bolonia. Desde sus años más tempranos, sintió atracción por las ciencias y falta de interés por las disciplinas humanísticas. Pero quedó fascinado por la profundidad de pensamiento de Platón y de Aristóteles, autores a los que sus profesores consideraban vanerables, aunque «ingenuos» y «acríticos». Más tarde leyó a los filósofos «críticos» —Descartes y Kant— cuya simpatía por las ciencias valoró. Pero no pudo dejar de notar con pena que mientras las ciencias ofrecían resultados concretos y palpables, la filosofía moderna no sólo parecía estar ajena a la realidad, sino que hasta cerraba el acceso a ella. Cuando se especializaba en física, estudió diversas obras dedicadas a la filosofía de las ciencias: su desconcierto fué mayor. Estas exposiciones se limitaban a describir los métodos científicos, casi siempre sin fundamentarlos y, cuando lo hacían, aducían argumentos tan superficiales que lo dejaban perplejo (amén de atribuir gratuitamente a científicos de nota posiciones que en realidad eran proyección de sus propios prejuicios agnósticos, escépticos o relativistas). La atmósfera intelectual le resultaba irrespirable.

Una oleada de oxígeno significó para el joven físico su encuentro con las obras de Santo Tomás al ingresar en la Orden dominicana, a la cual en la actualidad pertenece como sacerdote y profesor de filosofía de las ciencias en el *Studium* de Bolonia, cargo que alterna con sus clases en la universidad estatal. Su *Introduzione alla filosofia delle scienze* es fruto de su docencia. Realiza en ella una interpretación tomista de las ciencias actuales, centrandó su inteligente labor en las matemáticas y la física, disciplinas paradigmáticas para la modernidad. Con criterio didáctico comienza precisando el objeto y el método de la filosofía de las ciencias (título que prefiere al de «filosofía de la ciencia» para indicar mejor la diversidad de saberes científicos), distinguiendo luego la epistemología de la gnoseología y de la filosofía de la naturaleza, con las que tiene estrecha relación. Aclara que sólo estudiará la ciencia «galileiana», como denomina en todo el resto de la obra a la ciencia moderna; sólo brevemente se refiere a la noción antigua y medieval de ciencia.

Esta decisión es laudable. Tanto la concepción aristotélica como la tomista de la ciencia han sido objeto de valiosos estudios, mientras que el tratamiento filosófico de la ciencia «galileiana» casi siempre ha sido enfocado desde perspectivas empiristas, criticistas o neopositivistas. El hacerlo desde el punto de vista tomista constituye un desafío que pocos han aceptado y no siempre han salido airosos.

Striura afronta con objetividad los problemas que plantea la ciencia moderna. Precisa la función que en ella cumplen la observación y la matematización, cómo ha de entenderse el criterio de racionalidad; cómo sucedió la separación de la matemática tanto de la metafísica como de la física; cómo deberá entenderse la noción de cantidad para que abarque los conjuntos; cómo aplicar los métodos de cálculo repetitivo por computación a los conjuntos geométricos que definen una dimensión fraccionaria. De particular interés son los análisis del pensamiento de los filósofos de las ciencias «galileianas». Para ordenar su tratamiento los interroga sobre temas cruciales: el problema del conocimiento (realismo o idealismo); la fundamentación de las ciencias (científica o extracientífica); las relaciones ciencia-filosofía y observación-hipótesis. Son estudiados Karl Popper, Gaston Bachelard, Alexander Koyré, Thomas Kuhn y Paul Feyerabend, con extensas citas de sus obras. Sigue una evaluación de las posiciones que adoptan, distinguiendo en ellas la prioridad que otorgan ya a la historia, ya a lo gnoseológico; o bien priorizando ya lo descriptivo, ya lo normativo, con una concepción ya esencialista, ya instrumentalista.

Brevemente son expuestas algunas problemáticas resueltas insatisfactoriamente: las varias interpretaciones de la mecánica cuántica, del sentido de la indeterminación, de la causalidad física y de la noción de cantidad. Finalmente se plantea la posibilidad de una extensión de la científicidad «galileiana» a la metafísica y a la teología, mostrando esquemas de lo que serían estas disciplinas axiomatizadas al modo de las geometrías no-euclidianas o de las lógicas no aristotélicas, ensayos inviables.

Es de destacar el señalamiento de la deformación moderna de la semiótica de términos filosóficos esenciales en epistemología. Así, «objetividad» se transformó primero en «intersubjetividad» y luego en «objetivación»; la «intencionalidad» quedó prisionera del subjetivismo; la «abstracción» se anuló en beneficio de la «dialéctica». Se ha tratado de elaborar una filosofía de las ciencias —que centralmente incluye una filosofía del conocimiento científico— sin precisar previamente una crítica del conocimiento humano; y las reflexiones de esta disciplina se acantonó en la perspectiva matemática, que es univocista, desconociendo el papel fundamental de la analogía en filosofía.

El autor maneja con soltura una abundante (y reciente) bibliografía y hasta inserta una representación gráfica (considerada hasta hace poco imposible) del conjunto de Mandelrot lograda por él con una computadora. Da la impresión de un cuadro caprichoso de extrañas joyas. Es de desear que Striura continúe el camino epistemológico emprendido y que después de esta «introducción» nos brinde algún día —que esperamos cercano— un tratado o, al menos, un manual tomista de filosofía de las ciencias.

Gustavo Eloy Ponferrada